CUESTION DE TIEMPO

En un futuro donde la tecnología alcanzó su límite y lo artificial domina cada rincón, la humanidad se dividió en dos mundos: los privilegiados, que viven rodeados de lujos digitales, y los olvidados, que sobreviven de las sobras que aquellos desprecian. Entre ambos grupos existe una brecha tan profunda que los ricos ven a los pobres como seres inferiores, casi ajenos a su misma especie. Pero incluso en un lugar donde la esencia humana parece haber desaparecido, todavía quedan personas capaces de sorprender…

En una de las tantas torres de la gran utopía vive un joven de 23 años llamado Leonardo Arismendi. Como muchos hijos de familias ricas, creció rodeado de lujos y oportunidades que casi nadie más podía tener.
Su padre, un multimillonario importante del país, nunca estaba a su lado porque creía que su hijo debía aprender a hacerlo todo por sí mismo. A Leonardo no le afectaba demasiado; pensaba igual, pero detestaba la idea de tener un padre tan frío. A veces deseaba no haberlo conocido.

Cuando quería, salía a cualquier lugar, conocía mujeres que realmente no le interesaban y perdía el tiempo entre fiestas.
Una de esas noches, cansado del ambiente repetitivo, decidió caminar por la ciudad. Al salir, vio el otro lado del mundo en el que vivía: personas sufriendo, hambre, violencia, delincuencia. Por un segundo pensó que tal vez deberían ayudarlos… pero se corrigió a sí mismo diciendo que no eran más que una “raza inferior”. Aunque, en el fondo, seguía dudándolo.

Mientras caminaba, notó a una joven en una pequeña tienda, sorprendiéndose de que aún existieran negocios en un barrio tan destruido. Por curiosidad se acercó y le pidió un cigarrillo.
Ella lo atendió rápido. Leonardo lo encendió y, mientras fumaba, pensó que la chica era muy linda. Intentó coquetear, pero solo recibió una mirada firme y respuestas cortas. Sorprendido por su actitud, insistió un poco más, hasta que ella le dijo que si no necesitaba nada más, se fuera.

Ofendido, pero terco, le preguntó su nombre.
—Elena Marlow —respondió—. Y si ya estás feliz, vete.

Leonardo, sin saber cómo reaccionar, soltó un comentario grosero diciendo que no volvería a “ese basurero”. Dio media vuelta y regresó a su casa, furioso… aunque

el nombre de esa chica seguía dando vueltas en su mente.
Miró su mano y la encontró sudando. Eso lo molestó: jamás una mujer lo había puesto así. Intentó olvidar lo ocurrido, pero no pudo.

Días después

Leonardo fue invitado a otra fiesta. Unas mujeres le propusieron pasar la noche con ellas, pero él se negó. Las sentía vacías, interesadas solo en su dinero. Salió del bar y, sin saber por qué, recordó la tienda.
Para cuando se dio cuenta, ya estaba frente a ella.

Pero Elena no estaba.
En su lugar, un hombre enorme lo miraba con odio. La gente como él casi nunca pasaba por ahí, y cuando lo hacían era para causar problemas. El hombre se acercó a insultarlo y sin darle tiempo a reaccionar, le soltó un golpe que lo tiró al suelo. Se preparaba para seguir golpeándolo cuando apareció Elena.

—Aléjate —le dijo con firmeza—. Espantas a los clientes. Y no quiero verte aquí, maldito delincuente.

El hombre se acercó a ella con malas intenciones. Elena sacó un arma y se la apuntó en la cabeza.

—Retrocede. Ahora.

Él no se intimidó… hasta que un disparo en su pie lo hizo gritar. Se levantó como pudo y antes de irse le dijo que “eso no se quedaría así”. Elena disparó al aire y el tipo salió corriendo.

Leonardo, en shock, no podía creer lo que acababa de ver.
Ella lo miró con esa misma expresión fría de siempre.

—¿Estás bien? —preguntó.

Leonardo, olvidando quién era, solo alcanzó a decir:

—Sí… gracias.

—No necesito tus agradecimientos. Vete por donde viniste.

Leonardo se levantó sin dejar de mirarla. Permanecieron en silencio unos segundos antes de que él se alejara lentamente.

Esa noche, mientras limpiaba su herida, lo único en su mente era la imagen de Elena. No pudo dormir.

Tres días después

Pasó dos días pensando en ella sin entender por qué una chica así lo tenía tan confundido.
Al tercer día regresó a la tienda.

La vio atendiendo. Cuando llegó su turno, se quedó mirándola sin decir nada. Pasaron cinco segundos que parecieron eternos.

—Un cigarrillo —dijo finalmente.

Elena se lo entregó.

—¿Algo más?

Leonardo negó y le preguntó si podía quedarse a hablar un momento.
Ella lo miró extrañada, pero aceptó. Él le dijo que pidiera algo de la tienda; ella dudó, pero terminó accediendo. Elena sabía que Leonardo tramaba algo, pero también le intrigaba su presencia.

Leonardo le preguntó si podían caminar un rato. Ella aceptó, pero dejó claro que solo tenía diez minutos.
Él la invitó a subir a su coche; Elena advirtió que si intentaba algo, terminaría igual que el hombre del otro día. Leonardo, nervioso, prometió que no se arrepentiría.

La llevó a un restaurante y le dijo que pidiera lo que quisiera. Elena, confundida por su comportamiento, decidió ver hasta dónde llegaba.
Mientras comían, él le hacía preguntas: su edad, su familia, la tienda, su vida. Elena le contó que tenía 21 años, que sus padres fueron asesinados cuando era niña, que vivió con su abuela hasta que murió, y que a partir de los 16 había sobrevivido sola. La tienda era suya, fruto de su esfuerzo.

Leonardo la escuchaba como si no pudiera creer que una chica tan linda hubiera pasado por tanto.
Elena dijo que debía regresar. Él la llevó.

Antes de irse, Leonardo la miró fijamente.

—Volveré mañana. Saca un tiempo para salir.

—No me mandes —respondió ella—. Haz lo que quieras, no te conozco.

Leonardo sonrió, tomándolo como un “sí”, y se despidió con una risa suave.

Un mes después

Leonardo empezó a visitarla todos los días. Separó una hora completa para verla y siempre la invitaba a comer.
Después de un mes, él estaba perdidamente enamorado, y Elena, aunque intentaba ocultarlo, empezaba a sentir algo por él.

Un día, Leonardo la llevó al restaurante y le contó una idea: quería llevar su tienda a la gran ciudad, darle una vida mejor y pagar todo para que ella no se preocupara por nada.

Elena se quedó en silencio un minuto que pareció eterno. Leonardo creyó que lo rechazaría; le temblaban las manos, sentía un vacío en el estómago.

—Olvídalo —dijo arrepentido—. Perdón por hacerte perder el tiempo.

Se levantó para irse, pero Elena lo detuvo.

—Espera… acepto.

Leonardo se quedó paralizado. Ella continuó:

—Pero hay un problema. No tengo dónde vivir allá.

Leonardo, con el corazón a toda velocidad, se arriesgó:

—Si no te molesta… podrías vivir en la habitación de al lado de mi casa.

Elena, algo sonrojada, aceptó, pero le recordó:

—No somos nada. Respeta mi espacio.

Por dentro, Leonardo no podía creer lo feliz que estaba.
Asintió con elegancia, intentando ocultar su emoción, y esta vez fue Elena quien dejó escapar una pequeña risa.

Acordaron día y hora para trasladar todas sus cosas a su nuevo hogar

El día finalmente llegó. Leonardo despertó con una emoción que nunca antes había sentido; era extraño para alguien como él, un muchacho rico acostumbrado a que todo le pareciera igual. Sin embargo, Elena… Elena había sido distinta desde el primer insulto que le lanzó.
Cada gesto, cada mirada fría, cada conversación quedó grabada tan profundamente en él que todavía no entendía cómo una chica de aquel barrio olvidado lo había transformado así.

Mientras tanto, Elena pasaba los últimos minutos en su tienda sintiendo una mezcla extraña entre nervios y esperanza.
“¿Será él?”, murmuró entre dientes, sin querer admitir que llevaba días esperando ese momento. Aun así, le parecía increíble que un hombre tan arrogante hubiera

terminado siendo alguien… especial. O al menos alguien que lograra hacerla dudar de todo lo que creía.

Un cliente la llamó desde afuera. Elena, creyendo que era Leonardo, salió con una sonrisa que intentó esconder.
Pero lo último que alcanzó a ver fue un puño que se estrelló contra su rostro, y después, oscuridad.

Leonardo miró la hora.
—Es momento —susurró.

Salió rumbo a la tienda, imaginándose el rostro de Elena al ver su nuevo hogar.
Pero al llegar, encontró la puerta entreabierta.
Se detuvo.
—¿Por qué abrió… si quedamos en que hoy no trabajaba?

Entró, llamó su nombre. Nada.
Sobre la mesa encontró una nota torpe, escrita con prisa:
“Fui a dejar unas cosas al almacén de la avenida. Vuelvo rápido.”

Confundido, se dirigió hacia allí. Cada minuto que pasaba le pesaba más en el pecho.

Al llegar al almacén encontró todo en silencio. Abrió la puerta de metal y, al escuchar un ruido en el segundo piso, subió con la intención de asustarla como una broma.
Pero antes de abrir la siguiente puerta escuchó un golpe seco. Algo dentro de él se encogió.

Empujó la puerta.

Y su mundo se partió en dos.

El cuerpo de Elena pendía de una cadena, suspendido como si la luz hubiese sido arrancada de ella. Estaba lastimada, brutalmente. Su piel mostraba cortes desordenados, moretones violentos, y, con horror, Leonardo notó cosas que le paralizaron el alma:

Sus dedos estaban limados hasta quedar en carne viva.
Su boca sangraba como si le hubieran desgarrado la lengua para que no gritara.
Su estomago estaba abierto de la a lado.

Leonardo se quedó sin aire. Ni un sonido. Ni una palabra.
Luego vino el temblor.
Después, el vacío.

Y finalmente, el grito.
Un grito que rompió todo lo que él había sido alguna vez.

Una carcajada sonó desde la esquina.
De las sombras salió el hombre gigante que Leonardo había visto aquella noche.

—Vaya, vaya… —dijo sin pudor—. ¿Así que sí eran algo? El rico y la pobre… qué cliché tan bonito.

El hombre empujó el cuerpo de Elena, dejándolo caer al suelo como si no valiera nada.

Algo en Leonardo se rompió.
Se lanzó contra él con una fuerza que no sabía que tenía. Le golpeó el rostro una y otra vez, hasta hacer tambalear a ese monstruo de casi dos metros.

Pero otros dos hombres aparecieron por detrás.
Lo sujetaron.
Lo levantaron.
Y empezaron a golpearlo con barras, piedras, puños, lo que fuera.
Cada golpe le arrancaba un pedazo más de esperanza.

El primer hombre, sangrando pero aún sonriente, se acercó con un arma en la mano.

—Debiste quedarte en tu castillo, príncipe —murmuró—. Aquí no perteneces.

Leonardo ya no se movía. Solo lloraba mirando el cuerpo de Elena.
Pensando en lo injusto que era.
Pensando que ellos solo querían vivir, escapar, empezar de nuevo.

Y de pronto, en el borde del dolor absoluto, todo quedó en silencio.

Una luz blanca comenzó a formarse frente a él.
Y en esa luz, la voz de Elena sonó suave, tranquila, como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué haces? Te tardaste —dijo.

Leonardo sonrió por primera vez desde que la vio en el almacén.
Corrió hacia ella, sin miedo, sin dolor, sin nada más que esa única certeza:

Por fin podían irse juntos.